

LA TRANSICIÓN TELEVISIVA DE UN REY. DE LA MONARQUÍA DEL 18 DE JULIO AL «PILOTO DEL CAMBIO»

Federico Bellido Peris

Universitat de València / Universidad Grenoble Alpes, Francia

La paradoja está en que se trata del primer Borbón en la historia dinástica de España que puede decir que ayudó a estabilizar la democracia y no a vulnerarla, como sus antecesores.

Gregorio Morán¹

Introducción

La historia de la transición política española es una historia en gran medida mediatizada y, sobre todo, televisada, donde el medio audiovisual por antonomasia, la televisión, ha jugado un papel extremadamente destacado a la hora de hacer públicos los principales episodios fundadores de la joven democracia. Desde el sorprendente asesinato del presidente del gobierno Carrero Blanco, hasta la holgada victoria electoral del partido socialista en 1982, pasando por la propia muerte del dictador, la coronación del monarca, el referéndum de la Ley para la Reforma Política, las primeras elecciones generales o el fallido golpe de Estado de febrero de 1981, las imágenes televisivas de la Transición son, sin lugar a dudas, los principales testimonios de unos acontecimientos cuyas representaciones audiovisuales se presentan de forma inequívoca como hechos históricos. En este sentido, observamos como la televisión se ha venido consolidando como el principal agente de la mediatización de los acontecimientos y, a su vez, la condición misma de su existencia en tanto que hechos históricos. La televisión, fabricante del acontecimiento a la vez que de su información, vendría a ser la prueba fehaciente de que es la información la que hace el acontecimiento y no el acontecimiento el que se hace a sí mismo, donde un acontecimiento será histórico

1 Gregorio MORÁN: *El precio de la Transición*, Madrid, Akal, 2015, p. 147

sólo si es conocido del gran público, ampliamente divulgado por los medios, así como generosamente representado por la televisión, mediatizado y retomado en múltiples ocasiones.²

Además de ello, la influencia que a lo largo de los años han venido adquiriendo los relatos audiovisuales y las narrativas generalistas sobre la Transición, muestran también como las representaciones audiovisuales de los acontecimientos de nuestro pasado reciente son susceptibles de convertirse en auténticos vectores de su recuerdo y de su rememoración futura. Hecho, este último, que nos permite observar como el alcance del recuerdo, gracias a la difusión masiva que proporcionan las ondas hertzianas, hace de la televisión el medio de comunicación imprescindible a la hora de transmitir públicamente una memoria concreta del pasado, siendo asimismo el medio más determinante a la hora de fijar y construir socialmente la llamada «memoria colectiva» o «memoria social» de los momentos más relevantes de nuestro pasado.³

La especificidad del *Tardofranquismo*

En los últimos años se ha producido en el seno de la ‘sociedad civil’ española y en muchos grupos y corrientes políticas de izquierda, todo un replanteamiento extremadamente crítico sobre el relato canónico transicional. Este replanteamiento va mucho más allá del clásico debate historiográfico sobre los protagonistas del proceso,⁴ focalizando sus críticas en aspectos que tienen mucho más que ver con el grado de continuidad del aparato institucional franquista en el nuevo sistema democrático, así como con el uso propagandístico que el régimen monárquico viene haciendo los últimos años del relato canónico de la Transición, en tanto que referente de su memoria pública.

En cuanto al segundo aspecto, podemos avanzar que desde el campo de la historia de la comunicación se viene estimando desde hace algunos años que son los medios de comunicación, y en particular la televisión, los que han favorecido la construcción y la mediatización de ese relato generalista de la Transición que, con el paso del tiempo, se ha convertido en narrativa fundacional de la joven

2 Pierre NORA: “L'événement monstre”, en *Communications*, 18 (1972), pp. 162-172.

3 Véase Maurice HALBWACHS: *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris, Albin Michel, 1994; y James FENTRESS y Chris WICKHAM: *Memoria social*, Madrid, Cátedra, 2003.

4 Dicho debate enfrentó los primeros estudios sobre la *Transición*, realizados principalmente desde perspectivas como la sociología o las ciencias políticas (los también llamados «Transitólogos»), con otros posteriores desde perspectivas como la historia social o de la Historia del Tiempo Presente. Si los primeros defendían la tesis de un proceso político modélico, eufórico y autocomplaciente con unas élites que habrían actuado más que decisivamente, los segundos lo caracterizaran, en su lugar, por su incertidumbre, su improvisación y, sobre todo, la acción colectiva.

democracia. Dicha narrativa habría logrado socializar un imaginario colectivo basado en la contraposición, véase antagonismo, entre el régimen monárquico y la dictadura franquista que le precedió, destacando por encima de todo la incompatibilidad de los dos sistemas políticos, así como el escamoteo, si no menosprecio de toda una serie de variables, tanto más sustanciales para el análisis de la complejidad histórica del proceso. Esta narrativa combinaría dos vertientes de un mismo relato: la primera tendería a afirmar que el protagonismo transicional recayó en las capacidades políticas y en las acertadas estrategias de unas élites que, a pesar de provenir en su mayoría de las entrañas del régimen, se mostraron en todo momento favorables a su desmantelamiento y pilotaron con buen criterio el tránsito a la democracia. La segunda, complementaria de la primera, consideraría que el Tardofranquismo fue la antesala de la Transición, a saber, el caldo de cultivo socioeconómico imprescindible que favoreció tanto la erosión del régimen como el propio cambio político, una vertiente que legitimaría de paso la política de los sectores «aperturistas» y lo acertado de su política económica «desarrollista». En cuanto a las variables menospreciadas, estas tendrían que ver principalmente con las actitudes y los comportamientos colectivos, ampliamente minusvalorados por el relato canónico de la Transición, pero también con la efectividad y el grado de éxito de las estrategias que el propio régimen franquista desarrolló y pudo poner en marcha (jurídicas, políticas y propagandísticas) para tratar no solo de institucionalizarse, sino sobre todo de legitimar su continuidad más allá de la cercana muerte del dictador.

Ahora bien, en relación con este último aspecto, se ha venido afirmando en multitud de foros mediáticos y, sobre todo, televisivos, que el Tardofranquismo fue el dramático epílogo de un régimen predestinado a desaparecer. Esta afirmación, al igual que las anteriores, merece ser también tomada con cautela y ampliamente matizada. Si echamos una mirada atrás a los elementos jurídicos y políticos puestos en marcha por el propio Franquismo, tanto en lo que se refiere a la arquitectura legal de la dictadura (completada en 1967 a través de la Ley Orgánica del Estado) como al proceso mismo de sucesión iniciado de forma temprana en 1947 (bien encarrilado en la persona del «príncipe de España» desde julio de 1969),⁵ podemos observar como, más allá de las diferencias políticas existentes entre «aperturistas» e «inmovilistas», desde el punto de vista de la coyuntura de finales de los años sesenta y principios de los setenta, el carácter terminal de la dictadura no resultaba tan evidente. Más bien todo lo contrario, es decir, que el horizonte del Franquismo no solo estaba bien asegurado, sino tam-

5 Tras el nombramiento oficial de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Francisco Franco en julio de 1969, don Juan de Borbón, legítimo heredero de Alfonso XIII, ateniéndose a las reglas dinásticas, decide retirarle a su hijo el título de «Príncipe de Asturias», situación que logra salvar el propio Franco al inaugurar una nueva tradición monárquica y otorgarle el título de «Príncipe de España».

bién “atado y bien atado”, tal y como el propio dictador afirmó públicamente en las Cortes el 22 de julio de 1969 y en la Plaza de Oriente el 1.º de octubre de 1971.⁶ Es más, si le reconocemos un cierto éxito a las estrategias propagandísticas del régimen, aunque este sea solo relativo, no deberíamos menospreciar el hecho de que una gran parte de la población creyera, no sin razón, en la lógica continuista que promovían los medios oficiales entre el «alzamiento», la «victoria», la «pacificación», el «desarrollo» económico y social del país y la llamada «monarquía del 18 de julio». Eslabones todos ellos de una misma cadena de elementos discursivos y propagandísticos que además de configurar el argumentario y la retórica oficial a partir de la cual el régimen quería dar por culminado su largo proceso de «institucionalización», tenían todavía por aquel entonces todavía un amplio eco.⁷

La guerra en clave propagandística

La política propagandística del Franquismo en el ámbito audiovisual se inicia con la temprana creación del *Noticiero Español* en abril de 1938, dirigido de forma centralizada por el Departamento Nacional de Cinematografía, de también reciente creación. Formado por un equipo de intelectuales procedentes de *Falange* (bien curtido en la agitación política de los años 30 y en las estructuras de pensamiento doctrinales del fascismo de la época), asesorados técnicamente por la Alemania nazi, el *Noticiero Español* inicia su andadura de forma extremadamente combativa contra el enemigo «rojo» como si de otra arma de guerra se tratase. En ese sentido, el noticiero fue todo un ejemplo de “propaganda política de choque” que exhibía sus producciones en las ciudades recientemente «liberadas», aprovechando incluso para ello el material audiovisual acabado de incautar al ejército republicano.⁸ Sin embargo, fue una experiencia de corta duración puesto que concluido el conflicto bélico y celebrados los faustos de la «Victoria»

6 Dicha afirmación debe ser obviamente matizada, ya que si bien los acontecimientos políticos del 1969 (la designación del sucesor en el mes de julio y el amplio reajuste ministerial de octubre) dejaron más o menos aparcadas del espacio público las tradicionales luchas fratricidas entre falangistas y nacional-católicos, invisibilizando en gran medida los conflictos internos del régimen, también es cierto que éstos no desaparecieron por completo, sino que se transformaron, dejando de lado las disputas insalvables entre proyectos político-ideológicos irreconciliables para centrarse más bien en las diferencias concretas relativas a las estrategias y posiciones a defender en cuanto a la continuidad del *Franquismo* más allá de Franco.

7 Dichos conceptos forman parte todos ellos de la retórica y del argumentario empleado en la sucesión de obras históricas y políticas publicadas por la prensa del *Movimiento*, que recopiladas a partir de 1952 en una colección de libros titulada *Ediciones del Movimiento*, nutrirán de contenido gran parte de la programación televisiva que con carácter político-ideológico se divulgó desde su período inicial del «arias-salgadismo», hasta los años del «desarrollismo», pasando por la intensa campaña de los «XXV Años de Paz».

8 Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: “Los lugares de memoria franquistas en el NO-DO”, *ARTCultura*, 18 (enero-junio 2009), pp. 95-108

el noticiario terminó por desaparecer como si la razón misma de la existencia de dicho modelo propagandístico terminara con la propia guerra. Este hecho no deja de sorprendernos, teniendo en cuenta que el régimen Franquista no dudó un instante en utilizar todos los medios a su disposición para asegurarse el más absoluto control de la sociedad. Sin embargo, he aquí una de las razones por las que el vacío audiovisual duró solamente hasta enero de 1943, momento en el que arrancó, ahora ya de forma definitiva, la experiencia de los *Noticiarios y Documentales* (NO-DO).⁹

En cambio, a diferencia de su antecedente, el *Noticiero Español*, el NO-DO nació en una coyuntura muy distinta, provocada principalmente por el desarrollo de la IIª Guerra Mundial y la mala situación del 6.º ejército alemán en la batalla de Stalingrado. Un contexto que colocaba al régimen en una situación delicada que terminaría por marcar el carácter poco combativo de los *Noticiarios y Documentales*, mucho más centrados en servir como “fuentes de socialización” que como herramientas de agitación política.¹⁰ En ese sentido, el NO-DO acabó convirtiéndose en el principal medio de comunicación a la hora de divulgar los nuevos valores y principios del Franquismo,¹¹ así como los resultados de su obra política y económica.¹² Un noticiario que paradójicamente rehúye la actualidad de forma deliberada y que en su lugar decide cohesionar a la sociedad por aplastamiento, sometiéndola a una autarquía informativa que la aísla totalmente de la realidad exterior y la confina a una realidad interior estática e inmutable, codificada al extremo y jalonada por una imperturbable agenda del recuerdo repleta de hechos heroicos y de fechas religiosas. De este modo el NO-DO proporcionó al régimen la coartada perfecta para adoctrinar a golpe de ritual, de ceremonia y de demostración propagandística, centradas en su mayoría en el ensalzamiento de su líder, de la «victoria» y de los resultados económicos de un régimen cuyos valores fueron asociados al esfuerzo, al orden, a la religión y a la familia. El NO-DO, dirá Vicente Sánchez-Biosca, “se convirtió en un ritual semanal de un Estado ritualista y ce-

9 El NO-DO, creado el 4 de enero de 1943, en tanto que el medio audiovisual de propaganda, información y comunicación centralizado de la dictadura, no abandonó las pantallas cinematográficas hasta abril de 1981.

10 Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 118-129.

11 El NO-DO era, además del único medio audiovisual de propaganda, información y comunicación centralizado de la dictadura, el de mayor capacidad de penetración social de la época, dada su insistencia, su exclusividad y la obligatoriedad de sus exhibiciones en la totalidad de las salas de cine, así como la accesibilidad de su mensaje, pensado y dirigido a una población con poco grado de instrucción y prácticamente analfabeta.

12 A este respecto es sumamente interesante rescatar el análisis de Vicente J. Benet sobre el NO-DO y la construcción retórica de una representación alegórica del «Trabajador», en tanto elemento simbólico de un nuevo tiempo histórico, de una nueva sociedad y de un nuevo tipo de poder. Según Vicente J. Benet el «Trabajador» será la prolongación del soldado en tiempo de paz, a través del cual el *Franquismo* canalizó el esfuerzo bélico hacia la reconstrucción y el desarrollo de la nación, al tiempo redefinía el ideal arquetípico del español medio, abnegado y laborioso padre de familia que se esfuerza día a día para progresar. Véase Vicente J. BENET: “Franco, NO-DO y las conquistas del trabajo”, *Archivos de la Filmoteca*, 42-43, vol. II, (octubre 2002 – febrero 2003), pp. 30-51.

remonial; repetitivo hasta la saciedad, indiferente al cambio [...] un modelo de sociedad que el régimen deseaba estática, aclaratoria, pero desactivada social y políticamente”.¹³ Por ello, la política propagandística del primer Franquismo,¹⁴ fue la política de la reiteración ceremonial y la del recuerdo litúrgico de un pasado heroico inmóvil, recluido en una estrecha selección de pasajes de la reciente historia bélica. Dichos pasajes, repetidos hasta convertirse en hitos mediático-memorísticos de carácter atemporal, fueron cultivados con unas pautas y claves de representación muy codificadas hasta terminar siendo sacralizados por un régimen cuyo objetivo propagandístico pasaba por construir a través de ellos toda una religión de Estado.¹⁵

De dichas claves de representación, tempranamente convertidas en pilares fundamentales del régimen, es importante que destaquemos el uso y la funcionalidad que el Franquismo le supo otorgar a la exaltación militar y a la construcción carismática de un poder de naturaleza y simbología prácticamente cesarista, carácter extremadamente complejo y muy lenta articulación.¹⁶ Dicha exaltación si bien estuvo además desde su origen estrechamente asociada al carácter totalitario del régimen, su funcionalidad política fue mucho más allá de este, permitiéndole justificar además el papel de las fuerzas armadas y la necesidad del «Glorioso Alzamiento militar» en tanto que acto fundacional y anclaje histórico del Franquismo. Asimismo, el hecho de recordar ininterrumpidamente las gestas militares dentro de una lógica conmemorativa festiva le facilitó al régimen la capacidad de reafirmar y dar vigencia a la estructura de poder, así como actualizar una legitimidad de origen que contrarrestara su falta de legalidad. Además de ello, esa reiteración conmemorativa del pasado bélico, distorsionada y altamente codificada, acabará imponiéndose socialmente y aplastando a las memorias individuales o memorias autobiográficas pertenecientes, sobre todo, a sus enemigos internos (completamente diezmados

13 Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: “NO-DO y las celadas del documento audiovisual”, *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 4 (2009), <http://journals.openedition.org/cccec/2703>

14 La historiografía considera como “primer Franquismo” al periodo de la historia de la Dictadura del general Franco comprendido entre el final de la guerra y configuración del nuevo Estado y el abandono de la política económica autárquica con la aplicación del primer Plan de Estabilización que dio origen a la etapa del «Desarrollismo».

15 Paloma Aguilar ha analizado cuantitativamente la presencia del conflicto bélico en los guiones de las noticias del NO-DO y, si bien ha señalado que a partir de finales de los años cincuenta se produce una progresiva disminución de las referencias a la guerra, a lo largo de la década precedente su número se mantuvo de forma constante por encima de los treinta minutos anuales. De entre ellas destacaron desde los actos y rituales con alusiones directas como la exaltación del «Día de la Victoria» o las ceremonias en honor a los «caídos», hasta otros más indirectos como los desfiles del *Frente de Juventudes* o los actos organizados con motivo de los aniversarios de las «liberaciones» de algunas capitales, la constitución de hermandades de excombatientes o la simple evocación a partir de monumentos y placas conmemorativas. Véase PALOMA AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra...*, pp. 118-129.

16 Un poder que combinaba de forma paradójica un grado extremo de concentración, en la persona del «Caudillo» y, a su vez, una relativa diversidad o pluralidad de pareceres y de proyectos políticos, encauzados además en una fórmula muy peculiar conocida como «familias políticas».

por la lucha, la extrema dureza de la represión y sus consecuencias), siendo inaudibles las de los enemigos externos gracias a la autarquía informativa.

Con estas funcionalidades los usos propagandísticos tomaron la forma de celebraciones mnemotécnicas, donde lo conmemorativo y lo festivo se solapaban para crear un auténtico calendario de episodios nacionales de carácter heroico, cuya repetida evocación mediática, tanto en prensa, como en radio, cine, escuelas y púlpitos, pero sobre todo, en los *Noticiarios y Documentales*,¹⁷ les llevaría a alcanzar la estatura de hitos sagrados del régimen.¹⁸ A este respecto, debemos subrayar que la representación audiovisual de dichos episodios se hizo principalmente en ausencia de imágenes del conflicto, siendo utilizadas en su lugar las rodadas durante los actos y celebraciones de la liturgia oficial franquista que los conmemoraban. Este hecho, quizá paradójico, es en cambio sintomático de la estrategia propagandística del NO-DO que, obligado a tener en cuenta la cambiante posición del régimen en función de las evoluciones políticas de la posguerra, no dudó en autocensurarse con respecto a las imágenes de archivo de la guerra. En estas circunstancias, la llamada «Cruzada», a pesar de seguir siendo la legitimidad de origen y de que no se podía prescindir de ella, debía ser representada de forma atemporal y ahistórica, así como reinterpretada además en tanto que mal necesario para «liberar» y «pacificar» la nación.

En las celebraciones anuales de las principales efemérides, la figura del Jefe del Estado, dirá Rafael Tranche, “alcanzara una dimensión épica, (siendo) el epicentro, el protagonista o el agente destacado (incluso en ausencia) de todos los episodios [...] (su figura) adquiere una dimensión «escultórica», aparentemente inmune a la erosión del tiempo”.¹⁹ A falta de imágenes del conflicto, la imagen de «Caudillo»²⁰ concentraba toda la retórica de unas voces en *off* que, de forma un tanto esperpéntica, alababan sus capacidades militares y sus imprescindibles dotes de mando que hicieron posible la «Victoria». Los reportajes del NO-DO no escatimaron esfuerzos narrativos, ni recursos técnicos, a la hora de exaltar y aclamar las virtudes de su mando supremo, se apoyaron en todo momento en la escenografía suntuosa de los actos y celebraciones, así como en el poder de resigni-

17 El NO-DO era, además del único medio audiovisual de propaganda, información y comunicación centralizado de la dictadura, el de mayor capacidad de penetración social de la época, dada su insistencia, su exclusividad y la obligatoriedad de sus exhibiciones en la totalidad de las salas de cine, así como la accesibilidad de su mensaje, pensado y dirigido a una población con poco grado de instrucción y prácticamente analfabeta.

18 Entre ellos destacaron el 1 de abril «Día de la Victoria», el 18 de julio «Día del Glorioso Alzamiento», el 1 de octubre «Día del Caudillo» y el 20 de noviembre «Día de Luto Nacional por la muerte de José Antonio».

19 Rafael R. TRANCHE: “La imagen de Franco ‘Caudillo’ en la primera propaganda cinematográfica del Régimen”, *Archivos de la Filmoteca*, 42-43, vol. I, (octubre 2002 – febrero 2003), pp. 76-95.

20 El título de «Caudillo de España», aunque parezca anacrónico por su vinculación medieval, poseía la doble función de aparentar a Franco con el *Duce* y el *Führer*, al tiempo que le otorgaba un aura providencial a su papel durante el conflicto, en tanto que «salvador de la Patria».

ficación que concede el relato fílmico gracias a los encuadres y al montaje. Todo al servicio de la estatura cesarista del líder máximo, el hombre en torno a quien la sociedad en su conjunto debía comulgar y así consolidar definitivamente una Jefatura del Estado todavía cuestionada.²¹

Partiendo del análisis de estas ceremonias mnemotécnicas y, más concretamente de sus representaciones audiovisuales, observamos como el régimen trató en todo momento de vincular su propia legitimidad de origen con la construcción mediática de su caudillaje,²² a partir de ahí la imagen del Franco será la fuente de toda futura diversificación de legitimidades, siendo las legitimidades de ejercicio las que recordarían a su vez la de origen.²³ Las producciones NO-DO jugaron, en este sentido, un papel fundamental en el engrandecimiento de la figura de un Franco que pasará, de ser aclamado como artífice de la «Victoria», a empezar a aparecer de civil y vehicular la imagen de un Jefe del Estado preocupado por su pueblo y entregado a sus grandes tareas de gobierno. De ese ejercicio mediático de diversificación simbólica de legitimidades destacaron los reportajes dedicados a los actos institucionales realizados por el Caudillo, así como las inauguraciones, diferentes exposiciones o entregas de premios, pero sobre todo, los destinados a narrar los principales desplazamientos y viajes oficiales que Franco realizó durante los primeros años por diferentes regiones de España. En ellos, el apoteósico entusiasmo popular con el que era recibido el Jefe del Estado será la principal clave de representación subrayada por la retórica triunfalista de unas voces en *off* que con la misma insistencia hacían referencias constantes a su decisivo papel en la «Guerra de liberación».²⁴

21 El 8 de septiembre de 1943 algunos altos mandos del régimen (Andrés Saliquet, Miguel Ponte, Fidel Dávila, Luis Orgaz, Alfredo Kindelán, José Solchaga, José Enrique Varela y José Monasterios) enviaron una carta a Franco en la que le recordaban que la Junta de Defensa Nacional le había entregado el poder supremo solamente por un plazo determinado y que en vista de los acontecimientos internacionales se precisaba, a su parecer, el establecimiento de un régimen político “definitivo”, es decir, el restablecimiento de la monarquía. Véase Laureano LÓPEZ RODÓ: *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, Noguer, 1978, pp. 43-44. El 19 de marzo de 1945 don Juan de Borbón desafió a Franco haciendo público el llamado *Manifiesto de Lausana*, cuya principal consecuencia fue la creación de una especie de gobierno de transición presidido por el general Kindelán. Véase Paul PRESTON: *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 1998, p. 655.

22 Rafael Tranche y Vicente Sánchez-Biosca han mostrado con lujo de detalles cómo los lugares de memoria del *Franquismo* y las frecuentes apariciones del dictador en el noticiero cinematográfico tenían más que ver con la construcción de unos símbolos anejos a la construcción del culto a la personalidad del ‘Generalísimo’ que a una política estructurada y consecuente de creación de la imagen pública del Jefe de Estado. Véase Rafael R. TRANCHE y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: *El NO-DO. El tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra/Filmoteca Española, 2000.

23 Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra civil...*, pp. 103-109.

24 Algunos ejemplos son: “El Triunfal viaje del Caudillo” a Almería y Málaga en 1943 - N. 21 A, su viaje a Valencia y Murcia “El Caudillo en Levante” también en 1943 - N. 175 B, “Franco y España” - visita a Burgos el 14 de octubre de 1946 en el X Aniversario de la exaltación como Generalísimo - N. 197 B o “Franco en Aragón” en 1953 - N. 548 B.

La «monarquía del 18 de junio»

Tal y como hemos venido avanzando, la imagen militarista y belicosa del Franquismo fue suavizándose y diversificándose progresivamente desde el final del conflicto mundial, un fenómeno que se agudizó a partir de finales de los años cincuenta, en un contexto marcadamente transformado, tanto por el desarrollo de la llamada Guerra Fría como por la firma de los acuerdos con EEUU y el Concordato con la Santa Sede en 1953, así como con la entrada en las Naciones Unidas en 1955. Nuevas circunstancias que precisaban, a su vez, de todo un nuevo esfuerzo propagandístico con una nueva construcción retórica y la renovación de la imagen pública de un régimen todavía poco frecuentable. Asimismo, la creciente contestación obrera y universitaria, intensificada a partir del año 1956, también llamaba a reajustar un discurso y una imagen pública que olía a rancio y que estaba asentada aún en viejos iconos e imágenes de corte totalitario.

El nombramiento en 1962 del nuevo Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, vendría en ese sentido a ser todo un revulsivo. Artífice de una destacada modernización comunicativa a partir del audaz giro lingüístico hacia el concepto de «Paz», Manuel Fraga, con grandes competencias en *marketing* político, se encargó de organizar la operación propagandística más importante de la dictadura, la campaña de los «XXV Años de Paz».²⁵ Convocada en 1964 con motivo del veinticinco aniversario del final del conflicto bélico, esta campaña propagandística fue toda una ofensiva ideológica de gran magnitud, con un despliegue de medios incomparable. La campaña contó con multitud de actos conmemorativos: exposiciones, festivales, sorteos, concursos y publicaciones, así como una intensa campaña audiovisual en la que destacó por primera vez la televisión, cuya repercusión sería a partir de entonces mayor que la del NO-DO, más allá de los sonados estrenos cinematográficos a la gloria del «Caudillo».²⁶ En este sentido, las representaciones audiovisuales de las diferentes ceremonias y actos fueron deliberadamente dosificadas, acompañadas de emisiones informativas y de reportajes de corte mucho más divulgativo. A través de ellas el régimen vehiculó una imagen diluida en cuanto a su componente militar y bélico, la paz dejó de ser beligerante, tensa y rencorosa, y Franco transmutó, véase banalizó, su imagen marcial de dictador en la de un hombre de paz (lo que no dejaba de ser un auténtico oxímoron),

25 A pesar de que la primera actitud de Franco frente a la llegada del nuevo medio de comunicación fue defensiva y recelosa de la nefasta influencia que pudiera llegar del exterior, “a rebufo de los veinticinco años de paz y con el peso de legitimidad social que se había creado con la prosperidad económica, Franco acepta mejor que en cualquier otro período los aires de modernidad tecnológica, muy probablemente inducidos por el Ministro de Información y Turismo”. Véase Manuel PALACIO: “Francisco Franco y la televisión”, *Archivos de la Filmoteca*, 42-43, vol. II, (octubre 2002 – febrero 2003), pp. 72-95.

26 A ese respecto véase la película biográfica realizada por José Luis Sáez de Heredia *Franco, ese hombre*.

amable e infatigable inaugurador de servicios y obras públicas (por el bien de su pueblo), gran deportista, así como padre de familia y abuelo entrañable.²⁷ Esta representación del dictador, más descaradamente populista, inauguraría toda una nueva legitimidad para su caudillismo, fundamentada desde entonces en la humanidad del personaje y en su relación casi directa con su pueblo, sin intermediarios, una auténtica «democracia orgánica» destinada a sustituir los cauces representativos propios de los Estados del entorno europeo. El régimen aunaba así dos legitimidades, de origen y de ejercicio y se proyectaba en el futuro a través de la figura cada vez más presente en los diferentes actos públicos del príncipe Juan Carlos.²⁸

La estrategia era: difuminar los rasgos más violentos y crueles de la dictadura a través de la difusión masiva de promesas de paz, prosperidad y desarrollo económico. A este respecto, se trató de resignificar el sentido de la «Victoria», creando incluso una sección de estudios que, dirigida por Ricardo de la Cierva, pretendió no solo dar respuesta a la reciente publicación de libros críticos como el de Gabriel Jackson²⁹ o Hugh Thomas,³⁰ sino desarrollar todo un nuevo relato apologético del «18 de julio» que, con carácter académico y propensión divulgativa pudiera generalizar el concepto de «Guerra Civil» y justificar el «alzamiento nacional» como una respuesta necesaria al supuesto complot soviético.³¹ De este modo, desde los medios audiovisuales y la prensa del movimiento se divulgó sin descanso la idea de que la guerra fue la antesala de una «paz duradera», una «paz necesaria», en tanto que «paz creadora».³² La paz era la condición *sine qua non* del progreso de la nación, de ella dependía el desarrollo material y económico que la televisión no paraba de promover a través del fomento del consumo privado (nueva herramienta de desmovilización y despolitización que vino a sustituir a la tradicional retórica nacionalcatólica). Bien entrados en la década de los sesenta el desarrollo era percibido socialmente como incuestionable. Intensamente repre-

27 Anna SCICOLONE: «¡Bajo la paz de Franco! Un análisis de los noticieros cinematográficos NO-DO de 1964», en Asunción CASTRO DIEZ y Julián DIAZ SÁNCHEZ (coord.): *XXV años de paz franquista. Sociedad y cultura en España hacia 1964*, Madrid, Sílex, 2017, pp. 227-245.

28 Es precisamente en el desfile militar, por primera vez llamado «Desfile de Paz», que el príncipe acompaña públicamente por primera vez al dictador. A este respecto Paloma Aguilar dirá: «de la primera (legitimidad de origen) debía ser partícipe el candidato sucesor para lograr el apoyo de los incondicionales al régimen, pero sin la segunda (legitimidad de ejercicio) le sería imposible atraerse a los más aperturistas». Véase Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra civil...*, p. 197.

29 Gabriel JACKSON: *The Spanish Republic and the Civil War (1931-1939)*, New Jersey, Princeton University Press, 1965.

30 Hugh THOMAS: *La guerra civil española*, Paris, Ruedo Ibérico, 1961.

31 Véase Alberto REIG TAPIA: *Ideología e historia*, Madrid, Akal, 1986, pp. 74-89.

32 Buen ejemplo de ello son algunos de los especiales televisivos programados con motivo de las diferentes efemérides del régimen: por ejemplo el resumen cinematográfico *20 años de Paz* emitido el 1 de abril de 1959, el especial *Franco y su pueblo* del 1 de octubre de 1966, *La España de Franco* emitido el 18 de julio de 1969 o el *Homenaje a Franco* del 1 de octubre de 1971.

sentado por la propaganda del régimen, era la nueva coartada que iba a legitimar definitivamente la dictadura. De ahí que los reportajes cinematográficos NO-DO y los televisivos en los que veíamos a Franco supervisando obras públicas, industrias, sistemas de riego y construcciones de viviendas, se volvieran una constante cuya retórica no dejaba de abundar en la nueva idea de desarrollo y progreso que el régimen quería mostrar.

En este contexto de renovación retórica del régimen y de incipiente apertura exterior,³³ el 22 de julio de 1969 Franco designó como su sucesor a la Jefatura del Estado, a título de Rey, a don Juan Carlos de Borbón y Borbón. Designación con la que Franco, sin embargo, no puso fin a su regencia iniciada en 1947,³⁴ pero sí dejó prácticamente sin opciones al legítimo heredero de Alfonso XIII, Conde de Barcelona y padre de Juan Carlos. Semejante imposición precisó del despliegue de todo un argumentario propagandístico que permitiera legitimar al poco conocido sucesor y, a su vez, al mismo régimen, llamado desde entonces «Monarquía del 18 de julio». La retórica utilizada se construyó a partir del contenido del discurso que el propio dictador pronunció ante las Cortes, así como de las palabras del «Príncipe de España» formuladas un día más tarde en el mismo hemiciclo. En sendos discursos, emitidos tanto por el NO-DO como por TVE, Franco manifestó explícitamente que se trataba “de una instauración monárquica y no de una restauración”, que seguía la lógica establecida por «el espíritu del 18 de julio» y que se trataba de la culminación de un largo proceso constitucional materializado en las siete Leyes Fundamentales. Recalcó igualmente que el príncipe era “un heredero ungido por las leyes”, que simbolizaba la garantía de continuidad y de estabilidad del régimen y que su nombramiento acabaría “definitivamente con las especulaciones internas y externas y con los enredos políticos de determinados grupos”, contribuyendo en definitiva “a que todo quede atado y bien atado”. Por su parte el príncipe juró lealtad a su “excelencia el Jefe de Estado” y fidelidad a los “Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales del Reino”, expresando a continuación que era plenamente consciente de que recibía de Franco “la legitimidad política surgida del 18 de julio de 1936” y que su pulso no temblaría para defender dichos principios y dichas leyes.³⁵

33 A partir de los años 60 el franquismo se acercó a los países árabes, concedió la independencia a Guinea Ecuatorial en 1968 y pidió insistentemente su admisión en la Comunidad Económica Europea (CEE) hasta lograr firmar en 1970 un Acuerdo Preferencial que facilitó los intercambios comerciales.

34 En este año se refrendó la Ley de Sucesión a través de la cual España se constituyó en un reino y dio inicio formalmente al largo periodo de regencia de Franco, quien además se otorgó la prerrogativa de nombrar a su propio sucesor.

35 Centro de Documentación de RTVE: *Don Juan Carlos de Borbón “sucesor al título de Rey”*, 22-VII-1969 y Archivo Filmoteca de España, *NOT N 1386 B*, 28-VII-1969. El texto completo de los dos discursos en: Ángel J. SANCHEZ NAVARRO: *La transición española en sus documentos*, Madrid, BOE, 1998, pp. 171-183.

De la retórica utilizada en dicho acto destacamos que la «Monarquía del 18 de julio» venía a culminar un largo periodo de socialización de la imagen del levantamiento y de la guerra en tanto que referentes de la memoria fundacional del régimen. Su ardua construcción mediático-simbólica trató de superar la tesis de la «Victoria» mediante un complejo argumentario que situaba al «18 de julio» como el arranque de un proceso organicista de carácter trascendental que había permitido disfrutar de «30 años de paz», así como reconstruir y desarrollar económica y socialmente al país, trayecto que inexorablemente conducía al advenimiento de una nueva sociedad codificada como monarquía. Este destino inexorable, prácticamente divino, venía a afirmar que, con la designación del monarca y la confirmación de España en tanto que Reino, el levantamiento, la guerra y la dictadura se convertían en “umbrales de futuro” con estatura histórica. La designación del monarca los reinterpretaba en clave prospectiva, es decir, como puntos de partida o anclajes históricos cargados de una legitimidad póstuma, ya no tanto de origen, sino más bien de ejercicio, una legitimidad que provenía de la propia institucionalización del régimen en tanto que monarquía.³⁶ Este argumentario sigue siendo utilizado todavía hoy para defender el golpe, la guerra, la represión y la larga dictadura sin necesidad de revisionismo ni resignificación alguna, como realidades históricas que se justificarían a sí mismas de forma póstuma, es decir, en función de los procesos históricos posteriores.

El «piloto del cambio» ¿renovación o continuidad propagandística?

En lo que se refiere a las representaciones audiovisuales de la recién designada monarquía, el régimen promovió que las claves de representación de la propaganda audiovisual siguieran la misma lógica continuista iniciada a principios de los sesenta, así como que la cada vez más acentuada estrategia de banalización ideológica de la imagen de Franco continuara perpetuándose en la imagen pública de los «príncipes de España». Para ello, se pusieron en marcha toda una rica variedad de pautas dispares en las que concurrieron principalmente las que trataban de legitimar el «Alzamiento» *a posteriori* con «la paz y el desarrollo», las que vinculaban simbólicamente al príncipe con la continuidad del Franquismo y las que asociaban a los jóvenes herederos una imagen de modernidad que se conjugaba bien con los nuevos tiempos televisivos. A ello debemos añadir la conjunción de coordenadas ideológicas, a veces contradictorias, que imprimieron en el relato televisivo sus también jóvenes directores generales, Adolfo Suárez González (69-73) y Rafael Orbe Cano (73-74).

36 José Carlos RUEDA LAFFOND: “Entre Franco y Juan Carlos. Representación y memoria en televisión y otros medios populares (1966-1975)”, *Historia Actual Online*, 32 (2013), pp. 93-105.

Fue exactamente en esta primera mitad de los años setenta cuando *Televisión Española* empezó a implicarse directamente en la socialización de una imagen muy positiva de los «príncipes de España». En esos años del llamado gobierno «monocolor», los antiguos colaboradores de Jesús Aparicio-Bernal (director general de ente televisivo entre 1964 y 1969) provenientes del Sindicato Español Universitario (SEU) fueron convenientemente instalados en importantes cargos del Ministerio de Información y Turismo, dirigido por Alfredo Sánchez Bella. Adolfo Suárez sería nombrado director general de RTVE, José M^a Hernández Sampelayo su subsecretario, Alejandro Fernández Sordo, director general de Prensa y Enrique Thomas de Carranza, director general de Cultura y Espectáculos. La mayoría de ellos conformaban la cantera del *Opus Dei* con más futuro del régimen y, a pesar de mantener el otro pie en el Movimiento, eran colaboradores cercanos de Laureano López Rodó, trabajando además bajo las órdenes de Luis Carrero Blanco, quien a su vez había recibido de Franco la importante misión de supervisar el traspaso de poder del dictador al monarca.³⁷ Nada debía quedar en manos del azar, el ente televisivo de Prado del Rey había sido el elegido para llevar a cabo toda una intensa campaña mediática de construcción y divulgación de una imagen pública del príncipe rica en matices y funcionalidades deliberadamente diversificadas. En este sentido, los *Telediarios* se encargaron de dar cumplida noticia y testimonio audiovisual de cada desplazamiento que los príncipes realizaron, tanto por el interior de la península como por el extranjero, así como de cada una de sus asistencias públicas a alguno de los actos y conmemoraciones periódicas que celebraba el régimen. En el caso concreto de estas efemérides, las pautas de representación del príncipe siguieron las claves tradicionales de la propaganda oficial ya mencionadas, y Juan Carlos ocupaba una premeditada posición secundaria que buscaba ilustrar la aceptación de las coordenadas ideológicas del Franquismo por parte de la monarquía como prueba y garantía de continuidad del orden social y del equilibrio estratégico nacional e internacional del régimen. Con ello, la televisión vehiculó deliberadamente una imagen pública de trasmisión ordenada del poder dictatorial y de sensación de que el pasado, el presente y el futuro de España se encontraban inexorablemente vinculados en la persona del monarca.³⁸

Por su parte, las crónicas audiovisuales dedicadas a los viajes de los príncipes por las provincias españolas dieron especial énfasis a las “multitudinarias y calurosas acogidas, la fervorosa afección recibida y las esperanzas y la fe que

37 Véase Gregorio MORÁN: *Adolfo Suárez: ambición y destino*, Barcelona, Debate, 2009.

38 Son ilustrativas de ello producciones audiovisuales como: las *Demostraciones Sindicales* celebradas anualmente el 1.º de mayo en el Estadio Santiago Bernabeu (desde 1970 contaron con la presencia de los Príncipes), los sucesivos *Desfiles de la Victoria* con sus paradas militares celebrados entre abril y mayo de cada año o las tradicionales visitas veraniegas a Franco y su familia en el Pazo de Meirás. En todos ellos el príncipe Juan Carlos se libró anualmente a la escenificación pública de su subordinación al «Caudillo».

el pueblo depositaba en ellos”.³⁹ La pauta retenida en estas multitudinarias demostraciones de afecto fue el reconocimiento público del futuro régimen monárquico, una prospectiva fundamentada en la construcción de una imagen caracterizada por la juventud, la accesibilidad, el interés y la empatía de los príncipes hacia su pueblo. En estas crónicas, los locutores aprovechaban la remarcada ausencia de la figura tutelar de Franco para vehicular una imagen de autonomía política y autosuficiencia discursiva de unos príncipes emancipados y capaces de neutralizar el poder dictatorial.⁴⁰ De este modo, de los escuetos reportajes dedicados en 1962 a su boda en Grecia y a los breves anuncios de los nacimientos de sus hijos, el nombramiento como sucesor en 1969 dio el pistoletazo para que *Televisión Española* se volcara en la construcción de una imagen de los «príncipes de España» mucho más que cuidada. Desde el temprano *Reportaje gráfico en la Zarzuela*, emitido el 4 de agosto de 1969 (en el que la familia real al completo recibió durante hora y media a los informadores de la prensa), hasta su proclamación como rey el 22 de noviembre de 1975, televisión agasajó como “futuro de España” a unos príncipes que a esas alturas todavía no tenían totalmente asegurado el trono.

Las de mayor relevancia fueron las emisiones televisivas destinadas a promocionar sus viajes en el extranjero: algunos de ellos, como los realizados en 1971 a EEUU, en 1972 a la República Federal Alemana, en 1973 a Francia y en 1974 a Arabia Saudí, poseían una gran importancia política y/o estratégica para el régimen: otros, como los realizados en 1970 al Vaticano, en 1972 a Japón, en 1973 a Suecia, en 1974 a Filipinas e India y en 1975 a Finlandia, poseían un carácter más diplomático de creación de lazos de amistad y de hermanamiento cultural. El intenso tratamiento informativo que *Televisión Española* le dedicó a dichas visitas fue extremadamente cuidadoso, y en él se pusieron de relieve toda una serie de claves de representación ampliamente relacionadas con la idea de distanciar progresivamente a la monarquía del aparatage simbólico tradicional del régimen. En ese sentido, Franco volvió a ser el gran ausente y, a pesar de que en algunas de estas emisiones se destinaban unos minutos finales a la acogida que las diversas autoridades gubernamentales hacían al regreso de los príncipes en el aeropuerto de Barajas, la voz en *off* de los reporteros enfatizaba sin medias tintas que se trataba de “un programa especial dedicado a los jóvenes príncipes”, quienes

39 Véanse como ejemplos ilustrativos los desplazamientos realizados a Ceuta y Melilla y a la región de Valencia en 1970, a Almería y Sevilla en 1971, la región de Málaga en 1972, las islas Baleares, Canarias, Guipúzcoa y Badajoz en 1973, Murcia en 1974 y la región de Barcelona en 1975. Centro de Documentación de RTVE, *Resumen de los viajes por la geografía española (1970-1975)*.

40 En el reportaje dedicado a la región de Málaga la voz en *off* del reportero afirmaba: “la fe en el futuro que representan los príncipes nació espontáneamente en las localidades pescadoras. Estepona y Marbella era una sólida masa humana que, como por milagro, se abría al paso de sus altezas reales, que no cesaban de estrechar manos y manos deseosas de hallar una respuesta a sus esperanzas”. *Ibid.*

además de “encarnar el progreso y la juventud de España” eran “la garantía de continuidad del presente”.⁴¹

El reportaje emitido con motivo de la visita oficial a los EEUU puso de relieve toda una combinación de anclajes históricos y de claves de modernidad, los primeros, ligados a las influencias culturales derivadas de la herencia histórica y de la presencia de importantes lazos políticos, lo que servía para justificar las relaciones cordiales entre los dos Estados. En cuanto a los segundos, la visita real en Cabo Kennedy a la industria aeroespacial estadounidense de la NASA y el interés mostrado particularmente por el príncipe, fue aprovechada por la retórica televisiva para potenciar el vínculo del futuro monarca con el progreso y la modernidad. En contraste, el reportaje de la visita oficial a la República Federal alemana subrayaba la imagen del príncipe en tanto que gran estadista y “preparado gobernante de la futura España”, interesado por conocer los detalles del “milagro alemán”. Juan Carlos representaba “la encarnación del dinamismo y de las potencialidades del régimen español, así como su voluntad de armonizarse e integrarse a la economía europea”. He aquí el verdadero *leitmotiv* de la visita oficial que los príncipes realizaron en 1973 a Francia, cuya crónica televisiva dirigida y realizada por el corresponsal de RTVE en París y Bruselas, el conocido Federico Volpini, no dejó de recalcar los diferentes discursos pronunciados en ese sentido, remarcando asimismo la idea de que los príncipes constituían “la carta de presentación de la futura España”, y que ello había motivado los honores con los que fueron recibidos, reservados tradicionalmente solo a los Jefes de Estado.⁴²

A modo de conclusión, añadir brevemente que la lectura propuesta entiende que estas producciones audiovisuales no son solo productos divulgativos de instrumentalización propagandística, sino que poseen una coherencia interna, así como una diversificación de significados, que nos lleva a pensar que se trata de expresiones de memoria a través de las cuales el régimen no solo buscó generar el consentimiento o la cohesión social frente al traspaso de poder que se avecinaba, sino lograr una doble legitimación del régimen: la monarquía a través de la dictadura y la dictadura a través de la monarquía.

41 Centro de Documentación de RTVE, *Resumen de los viajes al extranjero (1970-1975)*.

42 El contenido de los entrecomillados ha sido extraído de los diferentes reportajes.